

LA FUNCIÓN DE LA TEOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD

Bárbara Andrade

Todavía se articula una que otra vez el temor de que la teología, en una universidad, pudiera impedir la libre investigación académica, es decir, se iguala tácitamente la reflexión teológica con alguna imposición del «dogma» católico. Aun aparte de esta preocupación algo estrecha, la relación entre la teología y las ciencias – y, por consiguiente, el papel de la teología en una universidad – de tal manera parece ser ambigua que el tema se planteó recientemente en una reunión de la Asociación de Universidades Confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL)¹. En esta reunión se vio también que la estructuración de la pastoral universitaria, tal como suele darse en las universidades católicas o de «inspiración» cristiana, está estrechamente relacionada con el modo de entender la función de la teología en estas universidades.

La pregunta por la función de la teología en una universidad suena como si ya estuviera claro qué es la teología y qué es la universidad, de manera que sólo se necesitaría explicar qué hace la primera en la segunda. Si esta presuposición tácita fuera acertada, el problema se reduciría a justificar la existencia de la teología en la universidad; sólo que, entonces, estaría implicada también la presuposición tácita de que la teología *no* tiene derecho de ciudadanía en una universidad digna de este nombre y el cometido de nuestro esfuerzo sería demostrar que *no* es así. Deberíamos aplicarnos a negar la negación, por así decirlo.

Examinemos primero los términos de nuestro discurso, empezando con el de la «universidad». El concepto moderno de la universidad está en continuidad con la concepción medieval de la «universitas» como una comunidad colegiada de maestros y estudiantes de diferentes disciplinas². En esta «universitas», todas las ciencias forman un conjunto del saber humano. De ahí que tanto Newman como Karl Jaspers insistan en que «El nombre mismo de Universidad es incompatible con restricciones del tipo que fueran. [...] una Universidad debería en-

¹ Celebrada en la Universidad Iberoamericana, México, D.F., 28–31 de octubre de 2000. El presente artículo es la adaptación de una conferencia dictada en aquella ocasión.

² La «universitas» en este sentido y con acento en la diversidad de disciplinas aparece por primera vez en París en 1221, A. L. Gabriel, *Universitäten*, en *LThK* 10, Herder, Freiburg ²1965, 510. K. Jaspers, *Die Idee der Universität*, Springer, Berlin–Göttingen–Heidelberg 1961, 88, subraya que este sentido original de la «universitas» entre profesores y estudiantes es tan importante como el sentido de la unidad universal de las ciencias.

señar el conocimiento universal»³. Aquí tenemos dos características de una universidad: la universalidad representativa de las personas que la integran, y la universalidad potencial del saber. Desde este punto de vista, deja de ser propiamente «universal» tanto una institución que excluyera, en virtud de raza o status socioeconómico, por ejemplo, a personas sedientas del saber, como una institución que no admitiera la teología – siempre y cuando se aceptara que la teología tiene algo que ver con el saber.

Aquí está el problema: la teología, ¿es una ciencia o es pura «fe» que se tiene o no se tiene? ¿Es exposición de doctrinas conocidas de antemano y eclesiásticamente administradas y controladas? Es fácil ponerse de acuerdo en que una universidad busca y cultiva el conocimiento – o las ciencias, pero aquí se muestra el punto flaco de las presuposiciones tácitas de las que hemos hablado. Para que el lugar de la teología en la universidad sea discutido entran en juego dos presuposiciones tácitas más: 1ª, la presuposición tácita frecuente de que las ciencias son ciencias naturales o exactas; y 2ª, la presuposición tácita de que la teología, en cuanto que es asunto de *fe*, no es asunto de la *razón* o, por lo menos, no lo es primariamente. Un joven me dijo una vez: «Ustedes los teólogos tienen la vida fácil; si no llegan a entender, basta con que crean». En el trasfondo está el problema de la *relación entre fe y razón*. Ahora bien, si se avanza el argumento de que el estudio de la teología es incompatible con la autonomía del conocimiento y con la libertad de la investigación, porque la doctrina y los dogmas son algo prejuzgado de antemano, las cosas se complican aún más: entonces se presupone que la fe es igual a doctrina y que la autonomía del conocimiento y la libertad de investigación son incompatibles con la fe, porque son incompatibles con la doctrina eclesial o eclesiástica.

1. *Distinción de planos*

Vayamos distinguiendo: lo que hace que una determinada disciplina sea ciencia son el hecho de que los métodos que usa son adecuados a la obtención del saber que se busca, y la capacidad de dar cuenta de esta adecuación. Esto vale para *todas* las ciencias y, por consiguiente, debe valer también para la teología. Sigamos: la fe y la razón no son ni incompatibles, ni complementarias, sino que pertenecen a planos diferentes. Nadie será mejor físico, por el hecho de ser también «católico»; puede dudarse legítimamente de que alguien será mejor teólogo por tener un grado académico en matemáticas; no solemos escoger a un médico especialista por su fe; pero la fe no le impide ser buen especialista. La regla es más bien ésta: *todo lo que puede ser conocido por la razón, por eso mismo no puede ser objeto de fe*. Así, por ejemplo, la «naturaleza

³ John Henry Cardinal Newman, *The Idea of a University*, Ch. F. Harrold (ed.), Longmans, Green and Co., New York–London–Toronto 1947, 19; Según K. Jaspers, *Die Idee ...*, 63, el trabajo científico está siempre y en su principio referido a la totalidad de lo que puede saberse.

humana» no puede ser revelada, porque es cognoscible por las ciencias humanas, la filosofía y la antropología. Lo mismo vale para la «creación» tan discutida en relación con las ciencias naturales. No puede haber incompatibilidad entre las hipótesis de la evolución y la *fe* en la «creación», porque los procesos evolutivos se encuentran y se entienden por la razón y la creación en sentido propiamente *teológico* significa que todo cuanto existe está incluido en el amor entre el Padre y el Hijo que es el Espíritu Santo. Aquí el mero lenguaje nos hace ver la diferencia de planos. La confusión frecuente viene de que tanto lo creado como el Dios creador son concebidos como abarcados por el mismo concepto del ser. Sólo *entonces* puede haber una contradicción entre *la autonomía* del saber científico y la *autonomía* del Dios que crea o se revela; o entre *la libertad* de la investigación y la *libertad* de la *autocomunicación* de Dios.

El punto clave es esto último: la *autocomunicación de Dios*. Hacer teología es hablar de la autocomunicación del Dios Trino a los hombres. También esta afirmación deja clara la diferencia entre la teología y cualquier otra disciplina, por dos razones: 1ª, no hay comparación entre estudiar la naturaleza humana; entender el genoma humano o generar un sistema de comunicación, por ejemplo, y hablar de la autocomunicación de Dios. Hay sólo diferencia; y 2ª, hablar de la autocomunicación de Dios es, en lenguaje bíblico, *dar testimonio*. También aquí hay sólo diferencia: en ingeniería de sistemas y en matemáticas no se da testimonio, sino que se dan a conocer resultados.

Esta distinción entre el plano de la fe y el plano de la razón parece, sin embargo, excluir que la teología pueda ser una ciencia. Para que pueda ser ciencia *como* las demás ciencias, necesita mostrarse lo que la teología y las ciencias tienen *en común*. Lo que *distingue* todas las ciencias entre sí, es su objeto formal. Aquí destaca la radical diferencia de la teología, en cuanto que la autocomunicación de Dios de la que habla no puede ser un «objeto formal». Lo que todas las ciencias tienen en común es la elaboración de métodos adecuados al estudio de su objeto y la capacidad de dar cuenta de la adecuación de sus métodos. En *este* sentido también la teología es una ciencia. Podemos decir lo mismo también de esta manera: en cuanto que la teología se dedica al estudio de textos – bíblicos, dogmáticos, históricos, literarios – usa los mismos métodos que la literatura, la filosofía o la historia. Averigua los datos averiguables con métodos arqueológicos y sociológicos. Un método particularmente importante actualmente es la aplicación de la *hermenéutica* a la teología, un campo donde todavía queda mucho por hacer.

Los pasos que hemos dado hasta ahora nos permiten distinguir entre *fe* y *doctrina*. Hablar de la autocomunicación de Dios, decíamos, es testimonio y, en cuanto tal, no es una doctrina, sino la *confesión de una experiencia de fe* que consiste en tener *comunión con Dios en la comunión entre nosotros*. Creer es lo mismo que experimentar que Dios nos ama con un amor que no tiene su

medida en nada de lo que nosotros hagamos o no hagamos, sino que es el amor entre el Padre y el Hijo que es el Espíritu Santo⁴. Esta experiencia es el contenido del anuncio cristiano. Lo importante es esto: el anuncio de esta experiencia *crea esta misma experiencia* a través de la palabra humana que nos decimos unos a otros. Para que esto suceda, el anuncio necesita tomar el lenguaje de diferentes idiomas y culturas y necesita ser entendible y creíble. Una palabra humana de testimonio necesita múltiples *traducciones* y necesita *dar razón* de sí misma, de la experiencia que expresa. Si no se presenta así, nadie se siente llamado a escucharla y a considerar su credibilidad. Lo que se llama la «doctrina» de la Iglesia son los muchos esfuerzos por explicar razonablemente la experiencia de fe.

Esto tiene importantes consecuencias: la doctrina eclesial no es algo ya presupuesto y prejuzgado de antemano, sino que es más bien ella el «objeto formal» que le parecía faltar a la teología respecto de las demás ciencias. Con los métodos adecuados a su objeto de estudio, la teología busca y construye siempre otras y más convincentes explicaciones razonables de la experiencia de fe. Estas explicaciones se sirven de métodos científicos y cambian de forma y de alcance con la aplicación de la hermenéutica. Y son también estas explicaciones las que, a través de los tiempos, han configurado la doctrina – no siempre en la cercanía a la experiencia de fe que conservan, por ejemplo, los textos patrísticos, pero también sin hacerse independiente de ella.

A partir de ahí se entiende la importancia de establecer una relación clara y cuidadosa entre la teología y el magisterio de la Iglesia – un tema sobre el cual no hay todavía mucho consenso⁵. La distinción que hicimos entre la experiencia de fe y la formulación de la doctrina, sin embargo, nos ayuda a poner de relieve el carácter auténticamente científico de la teología: lo que cambia conforme al desarrollo y la aplicación de la hermenéutica y conforme al desarrollo de los logros científicos son los sistemas y los argumentos teológicos y con ellos cambian las explicaciones razonables y racionales de la experiencia de fe y de sus implicaciones. En este sentido, la doctrina de la Iglesia no puede renunciar a las contribuciones de la teología. Lo que no cambia, es la experiencia de fe que *siempre* es y seguirá siendo la experiencia de la comunión con Dios en la comunión entre nosotros. Pongamos unos ejemplos: la experiencia de comunión con Dios siempre es experiencia de ser amado y aceptado incondicionalmente – y por eso perdonado – por Dios. Esto no cambia nunca. Lo

⁴ P. Knauer, *Der Glaube kommt vom Hören. Ökumenische Fundamentaltheologie*, Herder, Freiburg–Basel–Wien 1991, 114; cf. B. Andrade, *Dios en medio de nosotros. Esbozo de una teología trinitaria kerygmática*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1999, 28–30.

⁵ Cf. J. Alfaro, Problema theologicum de munere theologiae respectu magisterii, Gr 57/1 (1976), 39–79; *Instruction on the Ecclesial Vocation of the Theologian*, Congregation for the Doctrine of the Faith, May 24, 1990.

que sí cambia, es la explicación del llamado «pecado original», aquella realidad que hace que la comunión con Dios sólo exista en la forma de *perdón*. Nunca ha habido tantos diferentes intentos de dar cuenta de una realidad universal de «pecado» como ahora. O bien, nadie discutirá que la experiencia de fe que narran las primeras comunidades cristianas es experiencia de comunión con Dios en el compartir entre los creyentes. Sin embargo, durante siglos se ha acentuado el carácter íntimo, espiritual y privado de la experiencia de fe, mientras que en la actualidad tanto el magisterio de la Iglesia como la teología coinciden en el énfasis en la dimensión social, económica y política de la experiencia de fe. No se trata de una contraposición entre «verdadero» y «falso», como si las explicaciones de «antes» hayan sido falsas, mientras que las de «ahora» sean verdaderas, o al revés, sino que se trata de que una «experiencia» – y, con esto, también una experiencia de fe – siempre es *actual*. Se vive *hoy*, en las circunstancias y la problemática actual y puede explicarse razonablemente sólo con los medios, el lenguaje y los conocimientos actuales.

2. *¿Abstracción o totalidad? Características comunes y propias*

Lo anterior nos conduce a un matiz importante. Hemos hablado de *la* Universidad y de la teología, precisando y explicando los términos, pero no hemos hecho referencia a otra presuposición tácita que quizá subyacía a este modo de hablar. ¿Existen realmente tanto la universidad como la teología en singular y en abstracto? ¿Estamos manejando quizá el presupuesto de que una universidad es una universidad independientemente de dónde está y en qué momento histórico opera; y que la teología es teología en la misma independencia de tiempo y lugar? No es tan fácil negar este presupuesto tácito. En cuanto a las universidades, salta a la vista que una universidad en América Latina ni es igual a una universidad del primer mundo, ni tiene los mismos enfoques y problemas que el primer mundo. Y el ejemplo de la teología de la liberación muestra de sobra que la teología tampoco es igual a la teología. El factor con el que no hemos contado todavía es el de la *cultura*. Recordemos primero las características tanto de la universidad como de la teología que hemos encontrado: la universidad es una comunidad colegiada de maestros y alumnos en la que se busca con los métodos científicos adecuados un saber sin restricciones y con miras a la totalidad del saber; y la teología es la ciencia que usa los métodos científicos adecuados para explicar razonable y racionalmente la experiencia de fe, contribuyendo de esta manera *indirectamente* a una profundización de la fe y *directamente* a la formulación y precisión de la doctrina. La distinción entre la meta *indirecta* y la meta *directa* de la teología es necesaria, porque, como decíamos, el objeto formal de la teología es la precisión adecuada de la *doctrina* de la Iglesia y *no puede ser* la precisión de la autocomunicación de Dios a los hombres que da lugar a la experiencia de fe y al testimonio. Por ejemplo, alguien estudia con empeño el tratado de gracia. El objetivo directo de este estudio es entender el desarrollo histórico-dogmático del tema, los problemas y las soluciones tradicionales y los planteamientos

actuales. El *motivo* del estudio puede ser la experiencia de fe; también puede suceder que el estudioso experimente de manera nueva la comunión con Dios durante el estudio, pero eso no se da ni siempre, ni necesariamente. La razón está en el hecho de que Dios es misterio; no puede ser abarcado por ninguno de nuestros conceptos y programas. Siempre sólo podemos hablar de él análogamente, o sea, *apuntar hacia él*.

Si ahora introducimos el factor de la cultura, tenemos que todas las universidades son tales en cuanto que son una comunidad colegiada que busca la totalidad del saber a su alcance; y *todas* las teologías son tales en cuanto que hablan análogamente de la experiencia de la fe y contribuyen a la precisión de la doctrina. Sin embargo, todas las universidades son *diferentes* en cuanto que los maestros y los estudiantes que las configuran son condicionados por la cultura y las culturas de las cuales provienen; y el saber a su alcance está condicionado de la misma manera, por las prioridades establecidas en una determinada cultura y por su óptica, por los recursos disponibles y por las posibilidades de convertir el saber en empleo. También todas las teologías son diferentes en cuanto que sus condicionamientos culturales influyen en su temática y en los métodos y planteamientos que son captados como adecuados. Esto se ve, por ejemplo, en que, en América Latina, el enfoque social de las diferentes teologías predomina con mucho sobre el enfoque feminista cultivado en el primer mundo. Tenemos, entonces, otra vez unas características comunes y otras características *propias, diferentes y cambiables*. Es importante, sin embargo, caer en la cuenta de que lo común no acaba con lo propio y distintivo, ni viceversa. Al contrario, cada universidad muestra y demuestra su carácter universitario sólo *en medio* de su condicionamiento propio; y cada teología muestra y demuestra su carácter teológico sólo en el tiempo y lugar donde se hace. En el fondo, tanto las universidades como las teologías tienen carácter de *respuesta*.

Esto nos permite hacer énfasis en algo que ya venía incluido en las definiciones de Newman y de Jaspers de una universidad: que es una comunidad colegiada que aspira a la *totalidad* del saber, algo a lo que quizá no se ha prestado la debida atención. La totalidad es necesariamente incluyente y abierta. Es una totalidad de quienes aspiran al saber, y del saber al que se aspira en común. *Por eso*, en sentido estricto, una universidad que discrimina contra razas y clases sociales *por eso mismo* deja de ser universidad; lo mismo se aplicaría a una universidad en la que se discriminara contra determinado tipo de saber. De manera paralela, una teología que excluye de antemano otras teologías deja de ser teología y tampoco podrían ser teología las llamadas teologías «de apellido»: teología para sacerdotes, para mujeres, para laicos. Esto es algo que todavía no se ha hecho muy consciente. También en sentido estricto, sólo todas las universidades juntas y todas las teologías juntas forman *la Universidad y la Teología*. La Universidad no es un término genérico abstracto, sino un término colectivo. Sólo todas las universidades juntas pueden

plausiblemente sugerir una totalidad, una «universitas». En cuanto a la teología, ¿cómo puede una sola teología pretender decir todo lo que se puede decir de *Dios*? Al Dios misterio no lo abarcarán ni todas las diferentes teologías juntas. Sólo podrán juntas apuntar hacia él. Además, si es característica de todas las universidades en conjunto ser incluyentes y abiertas, en lo humano y en el conocimiento, estas características no pueden distinguir a las universidades de inspiración cristiana, ni a las universidades católicas. Tampoco, y esto es más apremiante, pueden estos dos tipos de universidades dirigirse exclusivamente a creyentes o católicos, ni puede ser su mérito específico no hacerlo, porque pugna con su carácter de *universidad*. Y, quizá más apremiante todavía, una universidad de inspiración cristiana o una universidad católica no puede vincularse oficial y exclusivamente con un determinado tipo de teología, ni es su mérito específico no hacerlo, porque tales preferencias o exclusiones pugnan *primero* con su carácter universitario y *segundo* con las características que todas las teologías tienen en común.

3. ¿Una función o muchas funciones?

Ahora podemos intentar aclarar cuál es la *función* de la teología dentro de una universidad. Conforme a lo que acabamos de decir, no podrá haber *una sola* función de la teología entendida como el conjunto de todas las diferentes teologías, sino debe haber varias. Sólo en sus diferencias, las teologías pueden cumplir con su carácter de ser *respuesta* a los interrogantes culturales y sociales. De manera correspondiente, las diferentes funciones de las diferentes teologías no dependen *formalmente* de las universidades en las que se dan: universidades de inspiración cristiana, universidades católicas o eclesiásticas o incluso universidades que oficialmente no profesan pertenecer a alguna de estas categorías. Mientras una universidad tenga una facultad de teología o su equivalente, la teología que se hace en ésta por sus mismas características teológicas cumplirá con las mismas funciones que las teologías que se hacen en otras instituciones con estatutos eclesiásticos diferentes. De hecho, una mirada al Código de Derecho Canónico⁶ y a las Constituciones Apostólicas *Sapientia christiana*⁷, que gobierna las facultades y universidades eclesiásticas, y *Ex corde ecclesiae*⁸, que trata de las universidades católicas, muestra que las diferencias entre las universidades se limitan a la autoridad que las funda; a las normas que las rigen y a la validez canónica de los grados académicos que otorgan⁹.

Para ir descubriendo las funciones de la teología volvamos a lo que ya hemos dicho sobre la teología como *ciencia*. Lo que hace que la teología sea

⁶ Cánones 807-820.

⁷ Sagrada Congregación para la Educación Católica, 29 de abril 1979.

⁸ Juan Pablo II, 15 de agosto 1990.

⁹ Cf. CIC 808, 817.

una ciencia es la aplicación de métodos adecuados para lograr su objeto formal que es la explicación razonable de la doctrina y las más de las veces, en América Latina, se tratará de la doctrina católica. Por lo demás, en el caso de facultades protestantes o de otras religiones, lo mismo se aplicaría a éstas. Desde este punto de vista, la teología es una ciencia entre las demás y como las demás y se distingue de ellas sólo por su objeto formal y el tipo de su metodología. Esto es lo que funda su relación con las otras ciencias y, por consiguiente, es también el fundamento de su interdisciplinariedad. Este punto me parece importante, porque precisamente en el caso de la teología, la interdisciplinariedad no parece ser nada clara. La razón está quizá en la manera en la que tradicionalmente se ha hecho teología, partiendo del carácter revelado de la doctrina y no distinguiendo entre doctrina y *experiencia de fe*. Este procedimiento hace que nadie encuentra cómo dialogar con el otro: los teólogos pueden preguntar algo a otros especialistas por interés personal o por curiosidad; y los demás especialistas pueden preguntar algo a un teólogo por una inquietud de *creyente*. Este tipo de contactos es opcional y sobreañadido y no interdisciplinario. No hay que olvidar que la búsqueda del saber en una universidad es un proceso abierto en el que la teología necesita ser integrada e integrarse si quiere ser una ciencia y no un saber privilegiado.

La única manera en la que una universidad puede ser tal es en la búsqueda de alcanzar la totalidad del conocimiento¹⁰. Esto nos conduce a identificar una primera función de la teología: en cuanto que es parte del conocimiento humano, éste no puede aspirar a la totalidad sin la contribución de la teología¹¹ y de la misma manera, la teología no puede ser propiamente tal sino dentro del conjunto del saber¹². También podemos decir lo mismo así: la autenticidad del saber de *todas* las ciencias depende de su mutua *integración*¹³. La real y eficaz interdisciplinariedad universitaria no es, entonces, un lujo o algo meramente deseable, sino una obligación no solamente entre los especialistas de una misma universidad, sino también en intercambio con otras universidades¹⁴. Es uno de los caminos esenciales para llegar a ser un conjunto de universidades que representen a *la* Universidad y no puede andarse por él sin la teología.

Toda ciencia se desarrolla en un ambiente cultural concreto y la teología no es ninguna excepción. Del condicionamiento histórico-cultural y social derivan las preguntas, los planteamientos y las prioridades de las investigaciones científicas. Sin embargo, una cosa es este condicionamiento y otra total-

¹⁰ John Henry Cardinal Newman, *The Idea ...*, 19s.

¹¹ *Ibid.*, 23-27. Véase también el discurso III, *Bearing of Theology on Other Branches of Knowledge*, 39-62.

¹² *Ibid.*, discurso IV, *Bearing of Other Branches of Knowledge on Theology*, 63-87.

¹³ Cf. *Ex corde ecclesiae*, nn. 16-17.

¹⁴ Cf. *Ex corde ecclesiae*, nn. 2, 35.

mente diferente es hacerlo *consciente*. Una de las características del trabajo científico consiste en desenmascarar preconditionamientos y presuposiciones tácitas que distorsionan la lógica científica. Este es un aspecto concreto de la tarea interdisciplinaria. Por ejemplo, las ciencias actuales acaban con la presuposición de que el pecado original puede haber originado en una sola pareja y obligan a la teología a investigar la posibilidad de otras explicaciones; pero también la teología acaba con la pretensión de que el neoliberalismo capitalista nos pueda llevar a un mundo integrado.

Las diferentes culturas no solamente condicionan el trabajo universitario de todo tipo, sino que también las ciencias crean cultura; cuestionan críticamente los condicionamientos y dan lugar a otros nuevos¹⁵. En esta tarea participa la teología y la ha de asumir, dentro de la universidad y fuera de ella. Este aspecto es más complejo de lo que parece: la teología no solamente comparte con las demás ciencias el trabajo transformador de la cultura, sino que lo hace en un sentido muy concreto. Ella contribuye la «memoria peligrosa» de una comunión del compartir y del perdón que empezó a surgir hace 2000 años con la promesa eficaz de un Reinado de Dios en el que no se manda y oprime, sino que se sirve. Esta memoria es la razón de ser de la teología y su función es no callarla. Aquí estamos cambiando de una función científica *directa* de la teología a una función *indirecta*, que es la de dar testimonio de una experiencia de fe. Lo cierto es que podrá cumplir tanto más con su función de testimonio, cuanto más creíble se habrá hecho en su integración interdisciplinaria con las demás ciencias. No se escuchará con mucha atención un discurso abstracto sobre el Reino de Dios, pero si un teólogo conocedor de los procesos sociológicos y económicos sabe proponer acciones realmente factibles para contrarrestar los efectos marginadores de los sistemas actuales; si sabe actuar junto con otros para ponerlas en práctica, ¿no se le tomará en serio? La función de «memoria peligrosa» y de testimonio de la teología no es, además, algo literalmente «caído del cielo», sino que es respuesta a la dimensión crítica y a la esperanza ya inscritas en toda cultura. En el fondo, éste es el meollo de lo que llamamos «diálogo entre la fe y la cultura»¹⁶. El término me parece insuficiente, porque toda fe es culturalmente condicionada y toda cultura occidental está influida por el cristianismo. Pero lo importante no es esto, sino la aceptación abierta de lo que toda cultura sabe ofrecer – los «tesoros de las culturas» como dice *Ex corde ecclesiae*¹⁷ – y su cuestionamiento desde la «memoria peligrosa» que es más que memoria, es promesa y esperanza.

La teología tiene una característica curiosa que en medio de su integración con las demás ciencias la hace diferente. Todas las ciencias viven de preguntas

¹⁵ Cf. *Ex corde ecclesiae*, nn. 6, 10, 43.

¹⁶ Cf. *Ex corde ecclesiae*, nn. 43–46; *Sapientia christiana*, Preámbulo II.

¹⁷ N. 6.

y cada respuesta que encuentran se les vuelve a convertir en nueva pregunta. Este rasgo la teología lo comparte. Un rasgo que le es específico es que las preguntas le parecen ser más importantes que las respuestas¹⁸. Otra vez la meta científica directa se trastoca en la meta indirecta y surge la experiencia de fe. La teología cuestiona *todo*. Cuestiona *todas* las respuestas de las demás ciencias y las vuelve a cuestionar. Cuestiona las intenciones, los efectos, la validez, el sentido, la justicia, la verdad y las verdades. Este cuestionamiento es su *respuesta* particular sostenida; es su respuesta al «reto de las ciencias»¹⁹. La raíz de este cuestionamiento no es una curiosidad viciada sino la experiencia de ser referidos al *misterio* de Dios, hacia el que todo lo demás sólo *apunta*. Esta característica de la teología se traduce en una pequeña gama de funciones: la función de no dejar a nadie instalarse en su saber, es decir, en sus respuestas; la función de exigir que se revisen las respuestas para poder decir si realmente sirven para constituir una *comunidad* humana que corresponda más a la «memoria peligrosa»; la función de cuestionar también sus propias respuestas teológicas. Éste es el lugar para comprender mejor la relación entre la teología y el magisterio. Es cierto que la última palabra no la tiene la teología, sino el magisterio de la Iglesia, pero la función de la teología consiste en recordarle al magisterio que sus textos apuntan hacia el misterio y que, por eso, son realmente preguntas.

Cada universidad, decíamos, es una «comunidad colegiada» de maestros y alumnos. También este aspecto es cuestionado sostenidamente por la teología en virtud de la experiencia de fe que apunta hacia una «comunidad» que es «comunidad» en un sentido nuevo y diferente. La experiencia de fe recuerda una comunidad que es don y regalo, porque su origen es la autocomunicación de Dios. Recuerda que no puede presuponerse que la comunidad colegiada tal como de hecho se está dando en cada universidad realmente sea comunidad en sentido de comunidad; que tampoco puede presuponerse que esta comunidad apunte como un signo hacia la comunidad con Dios. La función de la teología en este contexto es anunciar lo que anuncia el testimonio bíblico: que sólo la autocomunicación de Dios crea una comunidad que es comunidad del compartir y del perdón. En este sentido, la teología recuerda la necesidad de una *conversión* que es a la vez intelectual y religiosa, la conversión de la actitud de poder hacer una comunidad universitaria según nuestras propias ideas – y también ideologías – a la actitud de dejar abierto cómo podría ser y dejarnos regalar la transformación de la comunidad que hemos hecho en una comunidad que apunte hacia la comunidad con Dios²⁰. La implicación de esto quizá va más allá de lo que hemos buscado en esta reflexión sobre las funciones de la teología, a saber, es la teología la que convierte una universi-

¹⁸ Cf. el método trascendental de B. Lonergan, *Método en Teología*, Sígueme, Salamanca 1988, 19.

¹⁹ Cf. *Ex corde ecclesiae*, n. 7.

²⁰ *Ex corde ecclesiae* nn. 21, 33 entrevé la importancia de la teología para crear comunidad.

dad realmente en lo que es ya por definición. Hay que ver un poco más de cerca cómo lo hace: toda teología es necesariamente eclesial. Da testimonio de una fe comunitaria cuyo contenido es la comunión con Dios *en* la comunión entre nosotros. El testimonio realiza lo que anuncia creando una fe comunitaria. Esto es lo mismo que decir que crea una comunidad eclesial. Entonces, la «conversión» de la que hemos hablado es la conversión de la comunidad universitaria tal y como está en una *comunidad eclesial*. Todo dependerá de cómo nos representemos a ésta y tendremos que volver sobre el punto. Lo que debe quedar claro ya aquí es que la conversión sólo podrá darse en la forma de un proceso de búsqueda abierta de totalidad, si ha de ser *universitario*.

En lo que hemos dicho hasta ahora sobre las funciones de la teología, hemos pasado tácitamente de *las* teologías de las que hablábamos antes, a *la* teología. La razón está en que las funciones concretas que hemos destacado son comunes a todas las teologías. Por ellas, en realidad, se mide si cada una de las teologías que se hacen tiene parte en *la* teología testimonio de la comunión con Dios en la comunión entre nosotros. Ahora, sin embargo, necesitamos volver a la pluralidad de las teologías en la pluralidad de las universidades y en la pluralidad de las culturas.

4. *Unidad en la diversidad*

Cada universidad busca la totalidad del conocimiento a su alcance dentro de sus propias circunstancias sociales y culturales. Dentro de estas circunstancias busca hacerse comunidad colegiada. Es ilusorio pensar que una universidad pueda dialogar *con* la cultura de la que necesariamente es producto. Lo que pasa más bien es que el saber que se va adquiriendo en esta comunidad colegiada cuestiona la cultura de la que viene; los cuestionamientos producen respuestas nuevas que llegan a tener una validez ambigua hasta que otra vez se cuestionen. Cada universidad, para realmente ser tal, ha de aceptar en su comunidad al que pide ser admitido con tal que sea capaz de formar parte de una comunidad unida por la búsqueda del saber. Estos lineamientos comunes no necesariamente excluyen proyectos universitarios específicos que se proponen formar una comunidad colegiada que busca un tipo específico del saber o que busca reclutar a sus maestros y alumnos entre grupos específicos, por dos razones: porque los mismos lineamientos vuelven a aplicarse a estos proyectos específicos y porque los mismos proyectos forman parte del mismo condicionamiento cultural y social. En otras palabras, una universidad abre sus puertas a la gente concreta que pide entrar y sólo con estas personas puede realizar su proyecto de ser universidad. Ésta es la institución concreta en la que se inserta la teología que por esta inserción se convierte en *una* teología entre muchas porque ha de convertir a *esta* comunidad universitaria en comunidad eclesial. La consecuencia es que toda teología es necesariamente una teología *concreta*. Tampoco ella dialoga *con* una cultura, sino que *los que hacen* esta teología provienen de una cultura concreta y aprenden a *escuchar* a los que se

han integrado a *esta* universidad. Ningún discurso – tampoco un discurso teológico – se sostiene cuando no hay quien lo escuche, y para ser escuchado necesita uno escuchar primero. Aquí vuelve a entrar la interdisciplinariedad: en la comunidad universitaria se comparte una *realidad*, pero no necesariamente la misma *visión* de esta realidad. Una universidad llega a ser tal en la medida en la que se llega a compartir una misma visión de la realidad en el proceso de escuchar opiniones diferentes que cuestionan la propia. Dentro de este proceso plural, el teólogo es el que más necesita escuchar – y escuchar con *interés* ilimitado – porque ha de cumplir con la función de cuestionar *todo* lo que se le informa en virtud de la «memoria peligrosa» de la comunión con Dios en la comunión entre nosotros. Aquí se vislumbra algo más preciso sobre los métodos «adecuados» que hacen que la teología sea una ciencia: sus métodos son específicamente métodos de cuestionamiento. En la medida en la que un teólogo está integrado en la búsqueda del saber de los demás en su comunidad, es capacitado para cuestionar, porque sólo puede cuestionarse lo que se ha aprendido primero.

Los cuestionamientos teológicos, como vimos, tienen esto de específico que cuestionan los resultados de los demás especialistas sobre fundamentalmente un solo aspecto: ¿cómo construye *esto* que Ustedes dicen la comunión del compartir y del perdón? La misma pregunta constantemente parafraseada cuestiona cada visión de la realidad. Este es el punto de partida para el desarrollo de una teología concreta que cuestiona las propuestas concretas científicas que se le hacen. Aquí se precisa lo que antes hemos dicho que tanto la universidad como la teología tienen carácter de respuesta: cada universidad responde en su lugar concreto a la búsqueda del saber; y cada teología responde en su universidad a las respuestas encontradas con una *pregunta*.

Es fácil ver que este proceso convierte la comunidad universitaria en cada vez más universitaria, pero es también el proceso de su conversión en *comunidad eclesial*. El punto clave es que a partir de la experiencia de fe se cuestiona el ser *comunidad* en esta universidad concreta. La experiencia de fe recuerda una comunión del compartir y del perdón y quiere saber si esta comunión se da en esta universidad. Recuerda que una comunión así es experimentada en una «comunidad eclesial» cuya especificidad es precisamente esta. En una comunidad eclesial la «unidad» y la «diversidad» son ontológicamente simultáneas e irreductibles la una a la otra²¹. Aplicada a la transformación de la comunidad universitaria en comunidad eclesial, esta fórmula eclesiológica significa que es necesario fomentar la diversidad del conocimiento para poder llegar a la unidad; y significa que la unidad no es conformidad en las posturas científicas

²¹ La «simultaneidad ontológica de unidad y diversidad» es la fórmula eclesiológica que desarrolla M. Kehl al principio de su eclesiología: *Die Kirche. Eine katholische Ekklesiologie*, Echter, Würzburg 1992, 75–78 (hay traducción española).

como si pudiera haber algo como una plataforma que todos tienen en común, sino que es *unidad en el cuestionamiento*.

Una teología concreta llega, pues, a ser esta teología concreta iniciando el proceso de la creación de comunión dentro de su comunidad universitaria, haciendo al mismo tiempo que la comunidad universitaria realmente sea la comunidad en la que esta teología esté en «su casa». Este aspecto ha sido ilustrado muchas veces por la teología de la liberación. El real reto es que cada teología hace esto no en cuanto teología-ciencia, sino en cuanto teología testimonio de la experiencia de fe. En *este* sentido es «evangelizadora»²². Porque es testimonio de la experiencia de *fe*, sin embargo, ella misma no sabe la respuesta a la pregunta, ¿cómo construye esta propuesta la comunión del compartir y del perdón? Crea el cuestionamiento como instrumento para la comunión y deja abierta la concretización de la comunión que apunta hacia la comunión con Dios, porque ésta es sólo regalo entre nosotros. Viendo las cosas así, podríamos decir que una función de todas las teologías es ser «aguijón en la carne» (2 Cor 12,7) de su comunidad universitaria.

Habíamos dicho que en sentido estricto sólo todas las universidades concretas juntas son *la* universidad; y que sólo todas las teologías concretas juntas son *la* teología. Esto es así, porque sólo todas las universidades juntas pueden aspirar a la totalidad o universalidad del conocimiento; y porque sólo todas las teologías juntas pueden realizar el cuestionamiento de sí y cómo todas las comunidades universitarias se están convirtiendo en comunidades eclesiales que puedan ser signo de la comunión con Dios en la comunión entre nosotros. Tenemos, por un lado, el proceso total de búsqueda de conocimiento compartido en los muchos procesos concretos; y tenemos, por otro, el proceso total de cuestionamiento que se realiza en los muchos cuestionamientos concretos. En la integración de estos procesos surge la comunión que apunta hacia el Reinado de Dios prometido. Quizá sea esto lo que explique la dificultad que muchos hemos experimentado al tratar de entender la función de una teología en la universidad. Si es cierto lo que hemos reflexionado aquí, no podemos saber de antemano cuál es esta función, sino sólo ir aprendiendo en la medida en la que, haciendo teología en nuestras universidades, lleguemos a ser comunidades eclesiales. Esto, por lo pronto, nos sugiere procesos de discernimiento.

²² Cf. *Ex corde ecclesiae* nn. 13-14; art. 5, § 1; *Sapientia christiana*, Preámbulo I.